

La belleza, celeste y serena, sabe caer permaneciendo en pie, sabe ser esclava sin cesar de ser reina, sabe tomarlo todo dándolo todo.

En el fondo no son muy malas. El amor es la canción de los nidos; mujer, al comenzar tu cantas, sin perjuicio de llorar cuando acabas.

28 mayo.

XXV

EN EL BOSQUE

¿De qué hablaba el viento? ¿Por qué temblaban las ramas? ¿Era, en este dulce mes de los nidos y las vincapervincas, porque los pájaros corrían por los gladiolos, ó porque ella y yo solos estábamos allí? Ella titubeaba. ¿por qué, sol, cielo, rocío, aurora? Tratábamos de ir, llenos de pensamientos, ella hacia el campo, y yo camino del bosque. Cada cual tiraba del otro por su parte, y, discreto, yo la seguía primeramente; luego, á su vez dócil, seguíame ella á mí, como en otro tiempo en Sicilia lo hicieron Flora y Mosco, Teócrito y Lida. Como ella nunca me había concedido nada, yo reía, porque lo mejor es tratar de reír cuando se quiere coger un alma y no se sabe qué decir. Yo era el más feliz de los hombres; sufría. ¡Cuán espeso es el musgo en el fondo de los antros frescos! En ciertos instantes brotaba un relámpago de nuestra alma; ella murmuraba:—Caballero... y yo:—Señora...; y quedábamos pensativos, mudos, vencidos, vencedores, después de producirse aquella luz en nuestros dos corazones. Una fuente decía no sé qué cosas

bajo un sauce. Yo aun no había visto más que un poco de su hombro, no sé cómo ni dónde. ¡Oh, cuán locos nos torna la loca primavera! La audacia de los gorriones bajo las obscuras hojas, las mariposas, la abeja haciendo su colecta, las picadas, los suspiros, asemejábanse á vagas tentativas, y yo sentía miedo, sintiendo que me animaba. Verdad que es acción extraña vagar en la sombra hasta el punto de cesar de ser un ángel, y que la hierba estaba suave, y que es fabuloso atreverse á estrechar entre los brazos á una mujer de ojos azules. Sentíamos vagamente que nos deslizábamos por la pendiente del idilio en la que el amor, traidor y divino, serpentea, y que conduce, al través de no se sabe qué jardín, á menudo al infierno, pero pasando por el edén. La primavera deja hacer, permite, nada en ella se mueve. Avanzábamos; ella, que era sonrosada, se tornaba encarnada, y yo no sabía nada, temblando ante mi éxito, siho que ella pensaba en lo que iba yo pensando. Pálido, yo pronunciaba nombres: Beatriz, Dante; abríase su corpiño, y mi pupila ardiente brillaba, porque el enamorado encierra un curioso.—Ven—dije...—¿Y por qué no? ¡oh bosque misterioso!

3 abril 1874.

XXVI

LA PRINCESA DE JOINVILLE

CANCIÓN

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.

—¡Oh—dijo ella—golondrina que vas á aquel país, á mi adorado país!, dirás á mi hermana, dirás á mi tía, que en este otro país no estoy contenta. No tengo mi sol, no tengo mi esposo.

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.

—¡Oh—dijo ella—golondrina!, dirás que los bosques están muertos y desnudos, que Joinville ama demasiado el Mediterráneo; le espero, estoy sola, lloro todo el año, y las paredes de las casas están siempre húmedas.

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.

—¡Oh—dijo ella—golondrina!, dirás que tengo frío, que los veranos son cortos, que París es completamente negro, y otras mil cosas. El 1.º de mayo, hermana mía, en vez de rosas, veo gentes muy feas que hacen largos discursos.

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.

1.º mayo 1847.

XXVII

Era yo un honrado colegial; Dionisia tenía el ojo atrevido; ella era Bella y era yo Bestia; entre los dos hacíamos un cuento.

Como la linda Fosseuse, ella se reía de los imprudentes; la ostra es inteligente en perlas; he aquí por qué admiraba yo sus dientes.

—¡Huraño!—díjome un día. Y me ofreció un beso burlón. Yo tomé el beso con mi boca y sentí en el corazón la mordedura.

9 abril 1855.

XXVIII

Esto la distrae; vive completamente sola; es pobre y trabaja; no hace necios remilgos; cambia desde lejos, y para descansar, una mirada, y á veces con la mano un beso con un vecino, solo también en su desván. Y es extraño que un beso que se aventura sepa su camino y que posea el don vencedor de salir de la boca y llegar al corazón.

Sin embargo, ¿ama ella? No puede asegurarlo. Un beso que visita alegremente una miserable habitación, es siempre una cosa que algo dora el humilde techo. Los sueños, cuando son los pobres quienes los tienen, son ricos y están llenos de cosas inefables. Ovidio y

sus novelas, *La Fontaine* y sus fábulas, no son nada comparados á un cerebro de veinte años que fermenta; y el corazón de una joven, en primavera, crea un cielo, halla un mundo, y sobrepuja en quimera al buen Pilpay, al buen Perrault y al buen Homero.

Basta la ficción; una se entretiene soñando un dios en ese joven, no se sabe qué aparición de estrella vagamente vista en un granero, y no se piensa en atravesar la calle. Ella no es Inés, como él no es Platón, y es probable que nunca se hallen; porque el amor esbozado prolóngase á veces en las nubes hasta el punto de acabar en sueño, y á veces, en el momento en que se creía tener una esperanza, se ve que lo que se tiene es un recuerdo.

XXIX

LO QUE DICE LA QUE NO HA HABLADO

El enigma no dice su palabra; las flechas de oro producen picaduras, de las que no se habla en alta voz; á veces, bajo las obscuras ramas,

piérdese más de un tierno pajarillo; con frecuencia habéis dicho:—¡Te amo!, y yo nunca os lo dije. Prodigáis el grito supremo.

Reusaba yo la profunda confesión. El lago azul bajo la luna sueña, y mudo fúndese en la noche. El agua se calla al salir el astro.

¿Lo habéis encontrado mal hecho? Callándose, el

corazón se vacía, y cuando os tenía en mi presencia, tenía yo el dulce temblor de la felicidad.

Vos hablabais demasiado, yo no lo suficiente; comienza el amor por la sombra; los nidos están heridos por el claro día; las cosas tienen su pudor sombrío.

Hoy (¡cómo, al viento de la tarde, balancéase triste el árbol!) me abandonáis sin haber podido ver mi alma al través de mi silencio.

¡Sea! Vamos á separarnos. ¡Oh, cómo suspira el bosque! Mañana, que me verá llorar, quizá os vea sonreír.

¡Te amo! Esas dulces palabras, que es necesario borrar, desgárranme actualmente. Vos las decíais sin pensarlas, yo las pensaba sin decirlas.

XXX

LA FIGLIOLA

Menos de veinte años y más de diez y seis, he ahí su edad; y ahora decid en voz baja su nombre, Teresa; y pensad en el cielo radiante.

¿Qué destino será el suyo? ¿Qué embriaguez? ¿Qué dolor? No lo sabe. Esa hermosa ríe y se adorna con una florecilla.

Blancos son sus brazos; es castaño su pelo; tiene menudos piés bulliciosos, y la claridad de una fuente en su mirada misteriosa.

Es el comienzo de un alma, un nada en el que todo estará comprendido, corazón en proyecto, plano de una mujer, escenario de un porvenir.

Ignora; es alegre y franca; el dios Hado fué su padrino. Huye el domingo del brazo de un sereno bergante.

El es encantador, ella está bien formada, y Pantín ve de qué modo esta Venus griseta se pasea sin pretil con aquel Apolo grosero.

Diviértese la joven como los cisnes; y su cabellera, y su voz y su sonrisa serían dignas de la fiera grandeza de los bosques.

Miradla cuando pasa; se diría que está enamorada de Amadís, al ver como pasea por el espacio sus ojos celestiales y atrevidos.

Esas blancas jóvenes de las buhardillas, vestidas con tartanes groseros, de facciones finas, tienen la libertad de las verduleras y la gracia de los serafines.

Entonan extraños cantos, en los que la miseria y la luz están mezcladas, y su indigencia tiene por franjas todas las púrpuras del amor.

XXXI

AMOR SECRETO

¡Oh tú de quien me viene el pensamiento, sé altiva ante el Señor! Alza esa cabeza que inclinas, ¡oh tú de quien me viene la felicidad!

Cuando atravieso la legua que nos separa, en el seno de las noches, tu patria estrellada y azul resplandece ante mis ojos deslumbrados.

Es la hora en que cien lámparas encendidas brillan en los techos celestiales; la hora en que los astros y las almas cambian miradas profundas.

Ahondo entonces en tu destino, pienso en tí, que vienes del cielo, ¡en tí, grande alma prisionera; en tí, gran corazón misterioso!

Noble mujer, reina esclavizada, ¡sueño con aquella suerte envidiosa que tanta sombra pone en tu vida y tanta luz en tus ojos!

Yo te conozco enteramente y te contemplo de rodillas; pero en torno de tanta luz, ¿por qué tanta sombra?, ¡oh suerte celosa!

Dios se lo dió todo, excepto la limosna que da á todos en su bondad; el cielo, que le debía un trono, le rehusó la libertad.

Si, tu ala que la enramada, que el aire alegre reclama en vano, se quiebra tras los barrotes de la jaula, ¡pobre alma grande, divino pájaro!

Lindo ángel, un yugo te tiene cautivo, cien prejuicios son tu prisión, y tu actitud pensativa entristece tu casa ¡oh desdicha!

Te sientes presa del mundo que te espía, injusto y malo. En tu profunda amargura, exclamas con frecuencia: ¡Si pudiese!...

Pero el amor te da en secreto lo que tiene de puro y de hermoso, su invisible corona y su antorcha invisible.

Antorcha que se oculta cuando se quiere, que brilla espléndida y clandestina, y que no alumbra de la vida sino el destino interno.

Te da el amor, ¡oh dulce mujer!, aquellos placeres en los que nada es amargo, y las miradas en que toda el alma aparece en un solo relámpago,

y la sonrisa, y la caricia, y la conversación furtiva y encantadora, y la melancólica embriaguez de una inefable confianza,

y los queridos rasgos de un rostro, sombra que se ama y que le sigue á uno, que se ve de día en la nube y en sueños por la noche,

y los éxtasis solitarios, cuando los dos nos sentamos bajo las ramas llenas de misterios, en el fondo de los bosques llenos de rayos de luz,

puros transportes que desconoce la multitud, y que hacen que se tengan felices días, mientras aun se puede esperar aquello de que siempre uno se acuerda.

Anda, enjuga tus lindos ojos que lloran; tu suerte no se encuentra desheredada. Tu parte es aun la mejor. ¡No te quejes, oh hermosa mía!

Muy poco es lo que falta cuando se está en la roja primavera, y cuando, como la rosa, se vive de perfumes, de sombra y de sol.

¡Deja, pues, ¡oh mi dulce musa!, sin lamentarlo ni un solo día, lo que el destino te niega por lo que recibes del amor!

XXXII

¡Oh, dí! ¿Te acuerdas de aquel feliz domingo? ¡9 de junio! Sobre las cortinas de blanca muselina, el sol dibujaba la sombra de los vidrios de oro.

Él te llama su bien, su hermosura, su tesoro. Tú en sus brazos divagabas. ¡Horas demasiado pronto transcurridas! ¡Oh, cuán tiernamente mezclabais vuestros pensamientos! Fuera todo radiaba, todo brillaba en vosotros, y celos daban al cielo vuestras alegrías. Tus vivos ojos resplandecían llenos de una vaga sonrisa. En los momentos en que los corazones se hablan sin decir nada, él veía cubrirse de pudor y de amor, como agua que refleja un cielo de sombra y de claridad, tu rostro pensativo, tan pronto pálido como sonrosado, y á menudo sentía, ¡oh cosa divina!, en aquel dulce abandono, conocido únicamente de los ángeles, como sobre su pie se iba á posar tu pie encantador y desnudo.

XXXIII

Yo soy sencillo, tú eres cruel, y tengo la candidez de quemar en el fuego mi ala y el alma en tu belleza.

Tu luz me es rebelde, y por ella me siento devo-

rar; pero lo sombrío y bello y por lo que tú debieras llorar,

es que, mutilada, aleteando en la tumba, la pobre mosca quemada entona un himno á la negra antorcha.

XXXIV

EL IDILIO DE FLORIANA

La condesa Floriana se despertó cuando los bosques cantaban á media voz la vaga diana de los pájaros.

Cuando estuvo vestida, como para Julieta toda la sombría enramada palpito amorosamente.

Y cuando, blanca silueta, apareció en el balcón del patio, la alondra buscó á Romeo con la vista.

Yo corri allí á toda prisa, porque mi dicha consiste en ver levantarse las bellas por la mañana, y los astros por la noche.

II

La hora en que, rechazando el sueño, el alba abre los firmamentos, es el momento, hijas de Eva, de ir á ver diamantes.

Toda una joyería brilla, á la luz serena, en el suelo; la hierba es una pedrería, la ortiga es un estuche;

rubies en las ninfeas, perlas en los jarales; y se diría que las hadas han desgranado sus collares.

Y nos pusimos á hacer un ramillete en el oasis; y la flor que ella prefiere es la que yo elijo.

III

Saltaba alegre en la hierba, como la linda Euryante, y mostrando el cielo soberbio, suspiraba sonriendo.

—Preferiría—decía—correr por ese hermoso campo azul, cogiendo la estrella inmortal, aun á trueque de quemarme un poco;

mas ya ves, es inaccesible (porque ella me tuteaba). Puesto que el astro es imposible, contentémonos con el clavel.

IV

Ninguna delicadeza es aquí abajo tan risueña como la de una condesa mojando en la hierba sus medias.

A gusto del viento que la lleva, en las flores, en el césped, la belleza de Celimenes toma las gracias de Susanita.

Mostraba á las vincapervincas y á las verbenas, conforme andaba, sus dos lindas piernas blancas, que no me ocultaba á mí.

Se engañaría quien creyera que los bosques no